

Los estudios sobre juventud y perspectiva de género

Los estudios sobre juventud se han desarrollado en su mayoría al margen de uno de los ejes de estructuración de las desigualdades sociales como es la variable género. Así como la clase social o el origen cultural han sido variables explicativas centrales en el curso de las investigaciones sobre juventud, son escasas las investigaciones que incorporan el género como variable explicativa, sea de las trayectorias diferenciales de chicos y chicas (desde la perspectiva del estudio de los procesos de transición) o de la especificidad del papel femenino en las culturas juveniles (desde la perspectiva del estudio de las subculturas juveniles). En este artículo se presentan algunas claves explicativas del porqué de esta ausencia, así como hasta qué punto la incorporación de la perspectiva de género nos permite no sólo visibilizar las experiencias juveniles femeninas, sino también cuestionar hasta qué punto muchas de las categorías de análisis utilizadas en los estudios de juventud tienen un sesgo androcéntrico. Finalmente, se plantean algunos de los retos y perspectivas de futuro de los estudios sobre juventud y género.

Palabras clave: Juventud, género, desigualdad, androcentrismo

1. Presentación

Los estudios sobre juventud se han desarrollado en su mayoría al margen de uno de los ejes de estructuración de las desigualdades sociales como es la variable género. Así como la clase social o el origen cultural han sido variables explicativas centrales en el curso de las investigaciones sobre juventud, son escasas las investigaciones que incorporan el género como variable explicativa, sea de las trayectorias diferenciales de chicos y chicas (desde la perspectiva del estudio de los procesos de transición) o de la especificidad del papel femenino en las culturas juveniles (desde la perspectiva del estudio de las subculturas juveniles) (1).

Esta ausencia de la mirada de género no es exclusiva de los estudios de juventud, sino que es extensible hasta un tiempo reciente a las diferentes áreas de estudio de las ciencias sociales. Como consecuencia, bajo una definición genérica de la juventud que no toma en cuenta la perspectiva de género, la presencia y el papel de las chicas en los estudios han tendido a ser marginales o secundarias. Y, por otro lado, las experiencias juveniles femeninas han tendido a ser invisibilizadas, dado que las categorías de análisis utilizadas en los estudios de juventud han tenido un seso androcéntrico.

(1) Sobre la ausencia de las chicas en los estudios sobre transiciones y culturas juveniles, ver los artículos de Casal, García y Merino, así como el de Feixa y Sánchez, incluidos en este monográfico. [Nota de los Coordinadores]

En este artículo se presentan algunas claves explicativas del porqué de esta ausencia e invisibilidad históricas y se propone la incorporación de la perspectiva de género, tanto para dar visibilidad a las experiencias juveniles femeninas como para entender que incorporándola transversalmente al análisis de las prácticas y culturas juveniles (tanto de chicos como de chicas) se consigue ganar en profundidad y complejidad en el análisis de la juventud.

2. El género en los estudios de juventud: ¿no presencia o invisibilidad?

“De hecho, la transición juvenil es esencialmente un proceso de identificación con un determinado género, aunque a menudo se haya confundido con un proceso de emancipación familiar, económica e ideológica que históricamente ha sido privilegio casi exclusivo de los varones (y aun de los pertenecientes a determinados estratos sociales). Ello explica por qué, hasta fechas muy recientes, las imágenes sociales predominantes de la juventud se hayan asociado inconscientemente a las de la juventud masculina” (Feixa, 1998: 19).

Estruch y Cardús (1984), en su ya clásico estudio sobre las encuestas a la juventud, apuntaban la idea según la cual los jóvenes han sido desde siempre un grupo social objeto de preocupación desde la mirada adulta, como un espejo en el cual los adultos se ven reflejados y que les retorna una imagen no siempre agradable. Los jóvenes han sido, y son, objeto de exaltación y preocupación a la vez, y en esta paradoja reside precisamente la clave que convierte a la juventud en una categoría socialmente construida que sintetiza las contradicciones de la mirada adulta.

Esta visión alarmista de los jóvenes se ha venido concretando en el hecho de identificarles con algunos de los principales problemas sociales percibidos desde la sociedad adulta: delincuencia juvenil, violencias, tribus urbanas, drogadicciones, fracaso escolar... De hecho, los primeros estudios de juventud, de la mano de los primeros Ayuntamientos democráticos y las correspondientes nuevas regidorías de juventud, surgieron precisamente de la necesidad de conocer quiénes eran los jóvenes en cada territorio para la definición de políticas sociales. A menudo, estos primeros estudios estaban planteados desde la perspectiva del “problema social”, es decir, poniendo el foco precisamente en las conductas conflictivas para la sociedad que protagonizaba la juventud, buscado las claves explicativas al servicio de la intervención social. Pero difícilmente se cuestionaba por qué esta juventud definida socialmente como “problemática” era, en realidad, mayoritariamente masculina.

En realidad, la misma categoría de juventud, definida como etapa de transición entre la infancia y la vida adulta consistente en la emancipación de la familia de origen y la construcción de una identidad propia –en el espacio público– ha dejado de lado las diferencias de género. Las transiciones femeninas tradicionales consistían en el tránsito de la dependencia parental a la conyugal, y se expresaban en el espacio privado. En este sentido, como afirma Carles Feixa en la cita inicial de este apartado, la juventud como tal es una categoría que, centrada en la variable edad, ha acabado invisibilizando la variable género.

En cambio, si incorporamos una mirada de género, los datos nos muestran, por ejemplo, que las conductas violentas dentro y fuera de las aulas están protagonizadas fundamentalmente por chicos (Berga y Sáez, 2013). En referencia a la delincuencia juvenil, también los datos demuestran que la mayoría de infractores son chicos. En Catalunya, las últimas estadísticas publicadas por el Departamento de Justicia (2) muestran que un 84,2% de la población infractora de Justicia Juvenil es masculina, respecto al 15,7% que representan las chicas. Y este es un dato que se repite en la mayoría de los países occidentales. En relación al fracaso escolar, entre la población escolarizada masculina un 35'8% chicos no finaliza los estudios obligatorios, y esta cifra baja hasta el 23'8% en el caso de las chicas. Así mismo, en los estudios de juventud de orios, en relacion acion e Catalunya. las aulas, estan a intervencion sociales percibidos desde el número de repetidores chicos dobla el de las chicas (49% chicos vs. 26% chicas). En referencia a la población universitaria, el 61% de los graduados universitarios españoles son chicas (3).

A pesar de que los datos parecen reveladores, y como ha sucedido en otras áreas de la sociología, los estudios de juventud desde sus diferentes vertientes (las culturas juveniles o las transiciones a la vida adulta) han tendido a descartar el análisis de género. En un celebrado estudio sobre jóvenes y conducta antisocial, así resumía irónicamente Rutter la prevalencia del género como factor explicativo de la delincuencia juvenil:

“No tenemos que seguir buscando el “gen del crimen” porque ya lo hemos identificado: el gen del sexo biológico que se encuentra en el cromosoma Y! (...) Ser varón es uno de los predictores más fuertes de la delincuencia que tenemos entre los atributos fácilmente mesurables” (Rutter, 2000: 352).

En este sentido, el protagonismo masculino se naturaliza, se da por descontado, y bajo la definición genérica de “estudios de juventud” nos encontramos con estudios que, bajo denominaciones de “juventud y delincuencia”, “jóvenes y tribus urbanas” o “violencias juveniles”, por poner algunos ejemplos, no se cuestionan el porqué en su mayoría estas conductas socialmente más visibles las protagonizan los chicos, y hasta qué punto las chicas, y sus expresiones particulares, son ausentes, o bien han sido invisibilizadas dadas las categorías de análisis que se han utilizado.

3. La juventud como “problema social”: ¿un problema masculino? Una perspectiva de género para los estudios de juventud

“The study of youth subcultures in western societies has so far had much more to say about boys than about girls. This has in part been because male youths have engaged in more delinquent confrontational activities –their cultures have at the same time been ‘social problems’” (Wulff, 1988: 165).

Así, unas de las principales críticas que recibieron los estudios “clásicos” sobre juventud fue el haberse focalizado en el estudio de la espectacularidad, la desviación social y aquellas expresiones generadoras de “pánico moral”, escenificadas en el espacio público, en detrimento del estudio de las expresiones culturales de la vida cotidiana de los y las jóvenes, y aquellas expresadas en los espacios privados (habitaciones,

(2) http://justicia.gencat.cat/ca/departament/Estadistiques/justicia_juvenil.

(3) Planas, Juan Antonio “Diferencias entre sexos en el fracaso y abandono escolar”. Blog Canal Educación. <http://www.blogcanaleduacion.es/diferencia-entre-sexos-en-el-fracaso-y-abandono-escolar/> (23 febrero 2013).

hogar...). En este sentido, el protagonismo masculino en los estudios se explicaría, fundamentalmente, porque lo que mayoritariamente se ha estudiado no es la juventud sino el “problema social”.

Las primeras en denunciarlo fueron las feministas de los *Cultural Studies* británicos, que criticaron los estudios sobre las culturas juveniles por haberse focalizado exclusivamente sobre los chicos, mientras que las chicas escasamente aparecían y, cuando lo hacían, siempre era ocupando una posición subordinada o secundaria (McRobbie y Garber, 2002). Esto es debido, según estas autoras, a que los estudios sobre culturas juveniles han tendido a priorizar la esfera pública como ámbito de análisis, y olvidar las características diferenciales del ocio femenino, que tiene en el ámbito privado una esfera de expresión clave, descrita como la “*bedroom culture*”, en referencia a la habitación de las adolescentes y jóvenes como espacio que se apropia y utiliza, sola o en compañía de amigas, para experimentar con la ropa, el maquillaje, las revistas juveniles... Para Angela McRobbie esta sería una estrategia femenina alternativa a las subculturas juveniles espectaculares y expresadas en el espacio público, propias de los chicos.

Por lo tanto, desde una perspectiva de género, la cuestión no es solamente la presencia o ausencia de las chicas en las culturas juveniles, definidas en términos androcéntricos, sino poner de relieve las maneras que ellas utilizan para interactuar entre sí, y con los demás, para negociar su propio espacio, construyendo formas culturales específicas de respuesta, adaptación y/o resistencia.

Las nuevas tendencias en los estudios de juventud de los últimos años han sido, precisamente, la progresiva propuesta de más estudios etnográficos y centrados en la vida cotidiana de los jóvenes, la apertura hacia estudios más comprensivos así como la progresiva incorporación, en algunos de ellos, de la perspectiva de género.

De unos estudios iniciales en los cuales el género era, como hemos dicho, una variable ausente, a partir de finales de los años 90 comienzan a aparecer estudios, tanto a nivel internacional como estatal, que incorporan el estudio específico de las experiencias femeninas, tanto desde la perspectiva de los estudios más “estructuralistas” (centrados en el análisis de las transiciones juveniles), como en la aparición de algunas etnografías sobre culturas juveniles femeninas. Un ejemplo de los primeros, el análisis de la vulnerabilidad juvenil poniendo el foco en las trayectorias de transición desestructuradas protagonizadas por las chicas de entornos sociales desfavorecidos (Furlong, 2000), o el concepto de “feminización de la pobreza” promovido por diferentes organismos internacionales, que cuestiona el concepto de pobreza infantil y juvenil desde una perspectiva de género, identificando la pobreza con rostro femenino.

En nuestro país continúan siendo todavía escasos los estudios desde esta perspectiva, la mayoría fruto de tesis de máster o doctorado. Entre ellos, destacar la monografía sobre culturas juveniles y género (Martínez, 2001), el estudio desde la perspectiva de género de las culturas del baile (Romo, 2001; 2004) o de los *skinheads* (Porzio, 2004), una mirada de género al ámbito escolar (Ponferrada, 2011), o el doble estudio de caso (microculturas antiacadémicas femeninas y embarazo adolescente) sobre jóvenes y riesgos (Berga, 2007).

4. Una perspectiva de género

Entendemos por género la construcción psicológica, social y cultural de las características consideradas femeninas o masculinas que se atribuyen a los miembros de cada sexo. Ésta es, de hecho, una construcción cultural e histórica que puede cambiar de una sociedad a otra, de una cultura a otra (Berga, 2005). Los roles de género son construcciones socioculturales que, por otra parte, y a diferencia de lo que planteaban las teorías funcionalistas en los años 50, no son complementarios sino que constituyen categorías conflictivas que conllevan relaciones de poder. Los roles sexuales, y el dominio masculino que a lo largo de la historia ha caracterizado el modelo de sociedad patriarcal, se ha impuesto en buena parte gracias a lo que Pierre Bourdieu (2000) ha definido como “violencia simbólica”, que es aquella que los dominantes son capaces de ejercer sobre los dominados con su consentimiento, es decir, aquella que se impone de forma natural e incuestionable gracias a que no se considera, en realidad, una acción violenta.

Así, a través de la socialización diferencial de género, aprendemos y aprehendemos a ser masculinos y femeninas, según las expectativas sociales de cada momento y contexto determinado, e interiorizamos las categorías de género hasta el punto que estas pasan a ser percibidas como naturales (Berga, 2005). Este hecho ha tenido consecuencias importantes en la invisibilización de las desigualdades de género, incluso por las mismas mujeres (Juliano, 2004). Desde pequeños padres, maestros, educadores esperan de niños y niñas conductas diferentes. Ciertamente esta diferencia en la socialización tiene como ámbito central el entorno familiar y es el resultado de unas expectativas paternas influenciadas por los estereotipos de género.

Incorporar una perspectiva de género al estudio de la juventud significa partir de la premisa que el género es una categoría relacional, es decir, que como dice María Jesús Izquierdo “lo que les ocurre a las mujeres lo es en relación a lo que les ocurre a los hombres” (Izquierdo, 1997). En este sentido, incorporar la perspectiva de género significa entender que una perspectiva de género aplicada al estudio de la juventud no significa únicamente estudiar o visibilizar a las mujeres, sino analizar hasta qué punto los procesos de adaptación y respuesta de los y las jóvenes frente a las condiciones materiales de sus vidas están condicionadas, en buena medida, por su socialización diferencial de género, así como en relación con el proceso de negociación de una identidad femenina o masculina.

Por otro lado, considerar que hombres y mujeres tienen un papel activo en la construcción, mantenimiento y transformación del sistema de género. Los géneros no son entes esenciales ni estáticos, sino que son categorías cambiantes y dinámicas. Los modelos de feminidad y masculinidad de las nuevas generaciones de jóvenes se han transformado profundamente respecto a los de las generaciones anteriores. Como apunta Manuel Castells (1998), las mujeres han protagonizado la principal revolución del s. XX y actualmente nos encontramos ante un nuevo escenario como es la crisis de legitimidad del patriarcado. Los géneros son relacionales, y por esto las transformaciones en uno de los géneros implican, necesariamente, un reajuste del otro. Si las jóvenes alcanzan cada vez más el éxito académico y generalizan su presencia pública, los modelos de género que se han basado

en la división sexual del trabajo y el papel de la masculinidad hegemónica necesariamente entran en crisis.

Precisamente, reivindicar esa visibilidad de las particulares expresiones femeninas, romper con los modelos androcéntricos de análisis y, a su vez, proponer una mirada sobre lo femenino que trascienda el victimismo y los enfoques siempre centrados en las mujeres como colectivo desfavorecido y en situación de desventaja social, sino centrada en la agencia de las jóvenes es, a mi modo de entender, dónde reside el interés de la aplicación de una perspectiva de género al estudio de la juventud. En definitiva, la incorporación de la variable género a los estudios sobre juventud nos permite aproximarnos a un análisis más profundo, complejo y rico de las realidades juveniles en nuestra sociedad.

5. Transformaciones de los roles de género y consecuencias para la juventud

“Possibilities for autonomy for women are developing today, but for men it may be the opposite: autonomy in a traditional male sense seems rather to be on the wane. This has to do with the altered relations between the sexes: one of the prerequisites for the autonomous man in the traditional sense of the word has been the non-autonomous woman. The man changes when the woman’s position and role is changed”.
(Holstein-Beck, 1995: 96-115).

El contexto de la nueva modernidad o de la modernidad reflexiva a la que aluden autores como Giddens y Beck tiene consecuencias evidentes en los procesos de socialización y la construcción de las identidades personales. Los modelos de socialización son cada vez más plurales y flexibles y, en consecuencia, los adolescentes actualmente tienen que decidir cómo construir su identidad entre múltiples formas posibles. Las opciones y, por lo tanto, los procesos de decisión y de negociación individuales son indiscutiblemente mayores que en otras generaciones. Esto no significa que desaparezcan los condicionantes sociales sino que, a pesar de que estos puedan ser tan o más determinantes que antes, existe una mayor conciencia de que cada persona puede, de algún modo, escoger su propio itinerario y que no existen modelos únicos que prefiguren su camino.

En relación a las desigualdades de género, Beck (1998) se refiere a la transformación del orden estamental moderno sobre el que se basaba la sociedad industrial (fundamentada no únicamente en la división capitalista del trabajo, sino también en la división sexual del trabajo) hacia un nuevo modelo en el cual las relaciones de género podrían ser cada vez más igualitarias. En este sentido podemos afirmar que se están produciendo importantes cambios en los modelos de socialización de género en las nuevas generaciones. Unos cambios que, sobre todo, están protagonizando las chicas. Las chicas jóvenes crecen con una concepción de la realidad considerablemente diferente a la que vivió la generación de sus madres y que se manifiesta, por ejemplo, en un mayor éxito académico y una incorporación masiva al mercado laboral.

Si consideramos, como hemos planteado, que el género es una categoría relacional, es necesario analizar hasta qué punto las transformaciones del rol femenino tienen, y tendrán, inevitables consecuencias para los hombres. En este sentido, algunas de las conductas consideradas “problemáticas” en los jóvenes pueden explicarse también a partir de este contexto cambiante en la socialización de género, y pueden ser entendidas precisamente como respuestas de chicos jóvenes en este nuevo escenario. Existen diversos estudios británicos que siguen en la actualidad esta línea de investigación. Así, Paul Willis (2000) se refiere a la crisis de la masculinidad entre los jóvenes de clase obrera definida –según este autor– a partir de los crecientes índices de paro de larga duración y sus consecuencias para el eje sobre el que construir su identidad masculina como es llegar a ser el “*breadwinner*”. Precisamente una de las formas de resolver la crisis de masculinidad de los jóvenes, indica Willis, puede ser una afirmación agresiva del estilo masculino, con importantes consecuencias, sobre todo para las mujeres. En un sentido similar se expresa Connell (1997) cuando se refiere a la tendencia actual a la crisis de un orden de género que puede provocar intentos de restaurar una masculinidad dominante, por ejemplo a partir de la violencia contra las mujeres. En este sentido, las violencias juveniles, protagonizadas mayoritariamente por los chicos, podrían encontrar entre alguna de sus razones la respuesta a las tensiones a las cuales está sometido el rol masculino actualmente.

Aun así, estas transformaciones de roles y la tendencia a una mayor participación de las chicas jóvenes en la esfera pública y los espacios de autonomía en la creación de su identidad no se están produciendo del mismo modo en todas las clases sociales. Si la respuesta de los chicos de entornos de clase trabajadora en este contexto cambiante es, como tendencia dominante, una reafirmación de la masculinidad hegemónica, en el caso de las chicas se produce una doble alternativa: por un lado, su aproximación a espacios de conducta tradicionalmente masculinos, cada vez más accesibles a las chicas, y por otro lado a partir de estrategias que las reafirman en el modelo femenino tradicional.

Así la tendencia creciente al consumo abusivo de sustancias tóxicas entre las chicas, o el incremento del número de delitos con uso de violencia, por poner algunos ejemplos, serían expresiones de lo que se ha denominado una creciente “masculinización” de las formas de expresiones femeninas, que adquieren mayor visibilidad social. Estos cambios, que están protagonizando las chicas jóvenes han sido considerados en algún sentido como “consecuencias no esperadas” del avance de la igualdad de género, que ha supuesto en otros ámbitos un mayor protagonismo y empoderamiento de las chicas, que destacan entre el alumnado con expedientes académicos brillantes y, cada vez más, en el liderazgo entre iguales.

Observamos, en el otro extremo, realidades como el embarazo adolescente que han pasado a formar parte desde hace unos años de la nueva agenda de “problemas sociales” asociados a la juventud en las sociedades occidentales y que, en este caso, ilustra una estrategia social, singular y diferencial en clave de género, para comprender los procesos de adaptación, negociación y resistencia de las adolescentes en condiciones de vulnerabilidad social (Berga, 2010).

6. Conclusión: retos y perspectiva de futuro de los estudios de juventud y género

Para concluir este artículo, quisiera subrayar algunos de los ejes presentados y, a partir de ahí, plantear algunas claves sobre retos y perspectiva de futuro de los estudios de juventud y género.

Hemos manifestado la necesidad de visibilizar las experiencias femeninas y las particularidades de las formas de expresión de las chicas que, a menudo, han permanecido invisibles en los estudios de juventud centrados sobre todo en las experiencias masculinas que son, a su vez, las que han protagonizado el problema social. Así mismo, se ha planteado la necesidad de reivindicar la incorporación de la perspectiva de género al estudio de la juventud en general. Así como variables como la clase social o la etnicidad han sido más explícitamente incorporadas, demasiado a menudo la perspectiva de género ha sido la gran ausente de los estudios de juventud. Y cuando ha tenido una presencia muchas veces se ha reducido a un capítulo aparte, en el cual se analizaba la experiencia de las mujeres, dentro de un estudio general sobre juventud.

Incorporar la perspectiva de género significa, sin embargo, ir más allá de los estudios “de mujeres”. Sin duda, etnografías centradas en las experiencias femeninas nos permiten la visibilización y poner de relieve las particularidades de sus formas de expresión. Pero entender el género como perspectiva significa también ser capaces de cuestionar las propias categorías de análisis, y obtener una visión mucho más compleja y plural de la realidad juvenil.

Actualmente la perspectiva internacional, tanto en estudios como en las políticas públicas, tiende hacia el “*mainstreaming de género*”, es decir, la transversalidad de género. Esto significa la incorporación de la mirada de género a nivel transversal en los estudios con el fin de tener en cuenta las relaciones entre mujeres y hombres y el papel que cada género desempeña en afectar las oportunidades y el estilo de vida del otro. Así, las perspectivas de futuro de los estudios de juventud y género deben ir más allá de los estudios de mujeres, para pasar a considerar que el género es una categoría relacional, clave en la construcción de las identidades y en la definición de las posiciones sociales de las personas.

Finalmente, y a luz de lo anteriormente dicho, cada vez más los estudios están planteando, en un contexto de transformación de los roles de género en las nuevas generaciones, el tema de las masculinidades como eje de análisis interesante para la comprensión de algunas de las nuevas expresiones juveniles, y para explicar algunas de las conductas consideradas “de riesgo” entre la juventud masculina. Será necesario, pues, estar atentos al curso que vayan siguiendo estas transformaciones y sus efectos en las identidades y las prácticas juveniles de cara al futuro.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Beck, Ulrich (1998): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.

Beck, Ulrich; Giddens, Anthony; Lash, Scott (1994): *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid, Alianza.

Bérga, Anna (2005): “La perspectiva de género: una nueva mirada a la realidad social”. *Educación Social*, 31, pp. 15-24.

- Berga, Anna** (2007): *Adolescència femenina i risc social. Un estudi d'itineraris biogràfics i estratègies culturals des d'una perspectiva de gènere*. Barcelona, Secretaria General de Joventut.
- Berga, Anna** (2010): "Aprendiendo a ser amadas. El embarazo entre las adolescentes como una estrategia entre el riesgo y la oportunidad". *Papers*, 95, pp. 277-299.
- Berga, Anna; Sáez, Lluís** (2013): *Diagnosi de les violències que afecten les persones joves*. Barcelona, Generalitat de Catalunya.
- Berga, Anna** (2015): "Jóvenes en femenino. Visibilizando transgresiones y experiencias juveniles en clave femenina" en: Carles Feixa y Patricia Oliart (coords.) *Juvenopedia. Mapeo de las juventudes iberoamericanas hoy*. Barcelona, Ned Ediciones (en prensa).
- Bourdieu, Pierre** (2000): *La dominació masculina*. Edicions 62, Barcelona.
- Castells, Manuel** (1998): *La era de la informació. La sociedad red*. Madrid, Alianza.
- Connell, R.W.** (1997): "La organización social de la masculinidad", 31-48. En *Masculinidad/es*. T. Valdés i J. Olavarria (eds.). Santiago de Chile, Ediciones de las mujeres, 24.
- Estruch, Joan y Cardús, Salvador** (1984): *Les enquestes a la joventut de Catalunya. Bells deliris fascinen la raó*. Barcelona, Generalitat de Catalunya.
- Feixa, Carles** (1998): *De jóvenes, bandas y tribus*. Madrid, Ariel.
- Feixa, Carles** (2004): *Culturas juveniles en España (1960-2004)*. Madrid, INJUVE.
- Giddens, Anthony** (1992): *La transformación de la intimidad: Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid, Cátedra, 1998.
- Holstein-Beck** (1995): "Consistency and change in the lifeworld of young women", 96-115. A: *Youth culture in late modernity*, J. Förnäs i G. Bolin (eds.). London: Sage.
- Izquierdo, María Jesús** (1998): *El malestar en la desigualdad*. Madrid, Cátedra.
- Juliano, Dolores** (2004): *Excluidas y marginales*. Madrid, Cátedra.
- Martínez, Roger** (2002): *Cultura juvenil i gènere*. Barcelona, Generalitat de Catalunya.
- McRobbie, Angela y Garber, J.** (2002): "Girls and subcultures". En S. Hall & Jefferson, Thomas (eds.): *Resistance Through Rituals*. Londres: Routledge (edición original: 1976).
- Ponferrada, Maribel** (2011): *Chicas y poder en la escuela. Identidades académicas, sociales y de género entre jóvenes de la periferia*. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Barcelona.
- Porzio, Laura** (2004): "Skinheads, tatuaje, género y cultura juvenil". *Revista de estudios de Juventud*. Nº 64, pp. 101-110.
- Romani, Oriol (dir.)** (2010): *Jóvenes y riesgos ¿Unas relaciones ineludibles?* Barcelona, Bellaterra.
- Romo, Nuria** (2004): "Teco y baile. Mitos y realidades de las diferencias de género", *Revista de estudios de Juventud*. Nº 64, pp. 111-116.
- Rutter, Michael, et al.** (2000): *La conducta antisocial de los jóvenes*. Madrid, Cambridge University Press.
- Simmons, Rachel** (2002): *Odd girl out. The hidden culture of aggression in girls*. New York, Harcourt.
- Willis, Paul** (1988): *Aprendiendo a trabajar*. Madrid, Akal.
- Willis, Paul** (2000): *The ethnographic imagination*. Cambridge, Polity Press.
- Wulff, Helena** (1988): *Twenty girls. Growing up, Ethnicity and Excitement in a South London Microculture*. Estocolmo, Stockholm Studies in Social Anthropology.